

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 14 (1987)
Heft: 1

Artikel: Premio al empresario : el equipo "superstar"
Autor: Jeannet, Alain
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-909204>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 17.02.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Premio al empresario

El equipo «superstar»

Seis locos de altas tecnologías del Oberland zuriqués, recibieron el premio al empresario del año 1986. Este premio está destinado a recomendar a un industrial suizo, dinámico, que haya sabido perfeccionar un nuevo producto o abrir nuevos mercados gracias a su tino y a su espíritu de creatividad. El premio de 50.000 francos fue creado por el industrial zuriqués Branco Weiss y las Editoriales Jean Frey y Ringier. El jurado está compuesto por personalidades de la economía, de la ciencia, de la administración y de la prensa.

Cuando se llega a la sede de la sociedad Tecan, en Hombrechtikon, uno cree primariamente que se perdió. Un poney se agita en el establo y el edificio principal se parece más a la vivienda de un buen burgués del Oberland zuriqués que a una empresa de alta tecnología. Uno entra. En la gran habitación de la planta baja la mesa está puesta para cuarenta personas. El jefe de la empresa Heinz Abplanalp, sirve tajadas de un soberbio asado a dos niños sentados a su lado. Irresistiblemente, la atmósfera evoca los falansterios imaginados por Fourier, más a nuestro alcance, una comunidad alternativa. Detrás de esa fachada se esconde un

éxito económico espectacular. En 1980, Heinz Abplanalp, 42 años, ingeniero químico; Heini Maurer, 41 años, biólogo; Gallus Blatter, 36 años, ingeniero electrónico; Heini Möckli, 38 años, técnico en automotores y electricista autodidacta, se unen para fundar Tecan. Muy pronto se les reunen Martin Stoffel, 34 años, ingeniero electrónico y Daniel Ryhiner, 40 años, también técnico en automotores. Apenas seis años más tarde, la empresa cuenta con 80 personas y gira con una cifra de negocios de 19 millones de francos. Los seis camaradas se convierten en hábiles expertos en métodos de detección de la polución. Desde 1983, mientras el

fenómeno del deterioro de los bosques se acentúa, Tecan lanza un sistema de medida de emisiones de óxido de nitrógeno (principalmente el gas de los automóviles), capaz de descubrir y analizar los escapes nocivos más imperceptibles. En colaboración con el grupo Sandoz, Tecan se especializa también en la automatización de trabajos de laboratorios de análisis médicos y químicos. Heinz Abplanalp y sus socios desarrollaron un robot simple y rápido.

«La fuerza de Tecan» es su carácter fundamental multidisciplinario, afirma Heinz Abplanalp. Microelectrónica, programación, ingeniería química, la empresa tiene más de una cuerda para su arco.

Cuando se interroga a los miembros de Tecan sobre sus motivaciones de empresario, no hay uno solo que cante la copla neoliberal de los «santos» de Silicon Valley, nadie tampoco que se interne en una teoría elaborada por algún gurú de la administración de empresas: la organización de Tecan, un tanto exótica en relación con las modalidades suizas, nació por el pragmatismo y la voluntad de sus fundadores: «Se dice que jamás hay que crear una empresa con conocidos, dice Heini Maurer; nuestra experiencia prueba lo contrario, es decir que la amistad puede ser un factor de éxito».

No obstante, a Tecan le ha sido asignado un Jefe. Heinz Abplanalp tiene el título de administrador delegado: «Me convertí en 'jefe' por accidente, explica. Cuando fundamos Tecan ninguno quería encargarse de las tareas de administración. Como yo era el único al que eso molestaba menos, me lo adjudicaron. En realidad, no soy el jefe de Tecan en lo que respecta a las relaciones con el exterior». Bajo la aparente dispersión de la empresa, diseminada en seis edificios diferentes, Tecan está cuidadosamente estructurada.

A la cabeza de la empresa el «club de fundadores». Este se reúne, término medio, cada dos semanas y toma las decisiones más importantes de manera colegiada. Tecan se divide luego en once entidades diferentes de las cuales ninguna cuenta con más de 20 personas. Los seis mosqueteros le tienen gran cariño a esta organización celular, que debería permitir a la empresa irse agrandando pero conservando siempre su carácter de pequeña empresa, de aumentar su cifra de negocios sin suprimir las ventajas de un ambiente de convivencia: cada vez que Tecan logra un empuje de crecimiento, en lugar de reforzar las células existentes,



Heinz Abplanalp (2º a la derecha) y los empleados de Tecan: ambiente comunitario «pero scout» (Foto: Heinz-Dieter Finck).

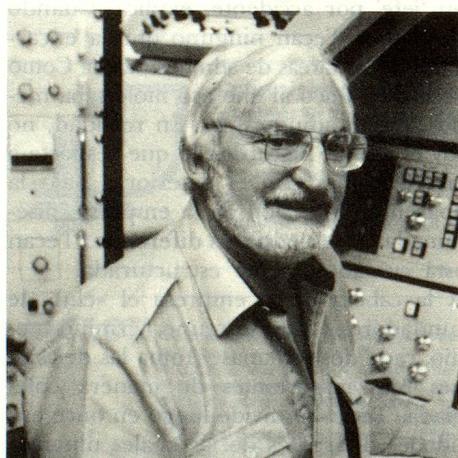
se agrega una nueva. América, luego Singapur: ya en 1982, Hein Abplanalp crea una filial en Carolina de Norte, la Teca US Ltd. A principios de este año, es el lanzamiento de Tecan Asia Ltd., cabeza de puente sobre Japón y China. Tecan exporta ya el 90% de su producción. Pero los fundadores de la empresa quieren ir aún más lejos y piensan cotizar en bolsa dentro de poco.

En medio de una frase, uno u otro de los miembros de Tecan deslizará de buen grado algunas palabras sobre sus convicciones políticas. ¿Ecologista? «Sí, si se excluyen todas las connotaciones peyorativas de ese término —agrega Heini Maurer—, queremos probar que la ecología puede rimar con lo importante y la alta tecnología». ¿Anti nuclear? Ciertamente, «Doy mucho valor al hecho que nuestros productos se mantengan siempre de acuerdo con mis convicciones».

Alain Jeannet, extracto de «L'Hebdo»

Huelgas: el país menos agitado

Suiza ha demostrado ser el país industrializado más a salvo de huelgas. Término medio, entre 1970 y 1985, para mil empleados, se perdió solamente 1,7 día de trabajo. En los países vecinos, por el mismo período, es Italia quien cuenta anualmente con el número mayor de días de huelga: 1.300 jornadas perdidas.



Premio Nobel

Por primera vez desde hace cinco años, un suizo obtuvo el Premio Nobel. El físico Heinrich Rohrer, de Buchs (SG), de 53 años de edad, recibió esa distinción —en compañía de dos investigadores alemanes— por el perfeccionamiento del microscopio de efecto túnel.

Comentario sobre la catástrofe química de Basilea

Una ciudad se despierta



Schweizerhalle. Un suburbio de Basilea. Los edificios industriales se estaban, los depósitos están adosados unos contra otros sobre grandes superficies. Construcciones de hormigón, de vidrio o de metal, en los que se amontonan toneles y contenedores. Las chimeneas apuntan al cielo... Es aquí, en Schweizerhalle, donde la química basileña transfirió buena parte de su producción y de su stock de materias primas. No hay aquí lugar para detenerse o pasear. La persona que baja de un omnibus en este barrio, lo hace para trabajar.

Pero, desde el 1º de noviembre de 1986, Schweizerhalle no es más un barrio como los demás, al igual que Basilea no es ya únicamente una de las muchas ciudades sobre el Rin. Y Sandoz no es tampoco simplemente una de las multinacionales de la química europea. El 1º de noviembre de 1986, Schweizerhalle era un infierno: 1.200 toneladas de productos tóxicos agroquímicos ardían en un depósito de Sandoz S.A. Una parte de los residuos químicos salió en una humareda hacia Basilea, la otra parte se volcó directamente en el Rin mezclada con el agua utilizada para extinguir el incendio. Las consecuencias de este accidente son, aún hoy día, incalculables. El recuerdo de ese acontecimiento está profundamente arraigado. Ese famoso sábado, la región basileña fue arrancada del sueño, entre las tres y las seis de la madrugada, por el ulular de las sirenas y un penetrante olor ácido que se infiltró en los dormitorios... De la calle suben los llamados de los altoparlantes de los coches de la policía que ordenan cerrar las ventanas y no salir. Basilea y su periferia yacen, como muertas.

Ese final de noche angustiante, esperando en la incertidumbre, sin saber si la nube tóxica presenta peligro para la salud... Esa madrugada gris que se levanta sobre un Rin enrojecido por residuos químicos arrastrados por las aguas del incendio, esa madrugada gris que contempla los primeros peces (luego serán toneladas) flotando sin vida en la superficie del río... Sí, esas horas van a sumergir a la región en un shock que se instala y persiste.

En la semana siguiente al 1º de noviembre, no habrá un día sin que aparezca el anuncio de un nuevo desastre. «Schweizerhalle» —es desde entonces ese nombre que designa la catástrofe en lenguaje común— no hace «sino» marcar el principio de una larga serie. Otras empresas anuncian entonces que dejaron escapar: fenol en la atmósfera, amilo en una cañería que explota, atrazina en una napa subterránea... Desde Schweizerhalle, los que viven aquí saben pues, químicamente hasta en los detalles, lo que respiran. Sin peligro para el hombre y la naturaleza, tal como se dijo infinidad de veces, y se ha redicho una vez más después de Schweizerhalle. Y esto también se revela falso.

En una noche, esta región perdió su barniz protector. La cruda luz de los reflectores se dirigió sobre ese rincón del nordeste de Suiza, que pasaba hasta entonces por una provincia sin historias. De repente, se vió a Basilea en el mismo bote que Bophal, Tchernobyl, Seveso. Políticos alemanes y franceses reaccionaron. Y el Consejero federal Alphons Egli, responsable del medio ambiente, presenta sus excusas a los países ribereños del Rin.

En apariencia, nada parece haber cambiado para la ciudad y sus barrios suburbanos, adosados a las faldas del Jura. Sin embargo, interiormente, se abrió una brecha a la que todavía es imposible dar un nombre. Por esta vez nos hemos salvado. Pero la confianza está quebrantada. La confianza en ese pretendido sentido de la responsabilidad de las empresas químicas, uno de los pilares de la protección del medio ambiente en Suiza. Es lo mismo para los países limítrofes, esta reputación de Suiza, país de la protección del medio ambiente, «este fruto de largos y pacientes esfuerzos ha sido destruido en una sola noche», tal como declaró el señor Egli ante el Parlamento. Con este retroceso suena irrisorio el eslogan elegido por Sandoz para conmemorar su centenario el año pasado: «Cien años a la vida, al porvenir». ¿El porvenir? Todo lo que tiene vida en ese sector se hace la pregunta y siente una profunda duda, ya que Basilea y la química tienen su destino indisolublemente ligado.

Y la impotencia estalla a través de inscripciones y panfletos, a través de la escultura representando a un pescador. Con «Requiem para el Rin» —uno de los movimientos artísticos nacidos de Schweizerhalle— estudiantes de música, vestidos de negro, ejecutando sus instrumentos, atravesaron el río bienamado sobre uno de los puentes de la ciudad, orgullosamente erigido sobre las mareas. El río corre como si no hubiera pasado nada. El aniquilamiento de los peces no se ve. No obstante, no hay más que algunos microorganismos que sobrevivieron.

Erika Brugger, Basilea